

José Alberto
Velázquez
Cierra los ojos,
no respires

fra

Índice

1. Puzzle 11
Logos 37
2. Behemot 125
3. Dunas 189

José Alberto Velázquez
Cierra los ojos, no respire

Publicado por Fra,
Šafaříkova 15, Praha 2,
República Checa, www.fra.cz,
en 2019, como su publicación Nro. 184
en la imprenta Akcent, Vimperk
Primera edición

© Éditions Fra, 2019
Text © José Alberto Velázquez, 2019
Author photo © Rafael Vilches Proenza, 2017
Cover photo © 2017
ISBN 9978-80-7521-087-6

*Desde: Yanelis Saavedra, mi esposa.
Hasta: Émily y Juan José, mis hijos.*

Primera parte

*Encerrado en aquella casa, en aquel cuarto,
en aquel cuerpo,
en aquella cabeza, prisionero de una carne
sorda y ciega.*

Clive Barker, *Libros sangrientos*

*¿Qué, pues, diremos a esto?
Si Dios es por nosotros,
¿quién contra nosotros?*

Romanos 8:31

Puzzle

(Proemio prescindible en busca de La Muñeca Total,
asunto deste libro)

1

Un pubis abundante femenino bajo la tela escasa. El morbo de los senos que bailotean bajo el sol feral. Dedos que sobre el mantel fingen ser ella acercándose y desapareciendo, la canción del mundo. Una estación en medio del bosque y el tipo que, no lo olviden, conecta la batería del carro al teléfono para delatar a quienes le han salvado la vida. Ella que se pierde y no va a aparecer, *est mort*, ya está dicho. Y hay que emborracharse un poco, cagarla un poco, ser digno de lástima, cuando lo único que no soporta una mujer es a un hombre digno de lástima. A un perro sí. O a cualquier otro animal. A OTRA MUJER. No a un hombre. Y todos los que vamos tras ella, los que pudimos ir tras ella, nos convertiremos en aire.

Palabras.

Esto es lo único que poseemos los comemierdas para alterar el Cosmos.

Pasé dos años escribiéndola. Primero un nombre, un olor que sentí muy poco, sucio y limpio. Intentando corregir la realidad. Poner un alfabeto contra la terrible fractura en las costillas del Titanic. Puah. Sin dinero, sin atractivo físico, la demasiada estupidez de recuperarla en las ruinas circulares. Borges borracho de kitsch y alcohol noventa. Me leí todo Balzac, todo Joyce, todo Vonnegut y Kafka y Dostoyevski para escribir una mujer. ¿Cuánta grasa acumulé en el hígado y cuánta esperanza en esa otra víscera inútil, el cursi corazón que, lleno de tabaco, babea a popa? Pero las frases acumuladas se convirtieron en algo más. Y ella en el seminal baile de las máscaras, lejos de los buenos, los buenos son malos. Todo lo que conseguí fue un libro. Puah otra vez. Y sí, supongamos que ya ocurrió: que me arrastré para que lo publicaran. Que acepté formidables supresiones del texto y del decoro. Que vuelva, que vuelva el tiempo de amar, pensaba, borracho de kitsch y de Rimbaud y de alcohol de noventa. El título no es bueno. La idea es buena. Demasiados adjetivos. Lo que podemos pagarte es. Hasta que. No fue presentado oficialmente, supongamos. Le hicieron una cubierta desoladora que no odié como no se odia un hijo deforme. Era mi hijo y yo estaba satisfecho con él,

conmigo. Si hubiera descubierto la penicilina, entonces yo hubiera gastado mi soberbia. Pero no: había cometido una novela, creo que no mala, punto. Seguía pensando: ella leerá mi nombre, sabrá que yo, vendrá a mí. Sigamos suponiendo: a costa de privaciones compré, compraré, de lote en lote, cuatrocientos ejemplares. Es decir la mitad de la edición. Dije que acaso no fue o no será presentada oficialmente, y ahora añadido: me da igual.

(Alguien pregunta: ¿Y de qué va el famoso libro?)

Seguro oyeron hablar de la escritura automática. Y el cubo de Rubick, que es tan importante ordenado como desordenado. ¿Y del espejo para cazar alondras, el libro de arena, el sistema decimal que, como todos sabemos, no es infinito? ¿El *Ulises*, *Paralelo 42*, *En-Nadar-dos-pájaros*, *Rayuela*, *Los detectives salvajes*? Miniatura tropical de todos ellos. Un tipo cualquiera, creo que enjuto, mestizo, uno del montón, como ustedes, no se me pongan bravos... y (*cherchez la femme*) una muchacha. No se deja ver. Las pocas veces que lo hace, las escasísimas oportunidades en que es visible para nosotros (Julián, Juan Carlos, yo, un perro, diez mujeres, mil locos que a su paso deja) provoca una especie de, ejem, amor insoportable, de sarnosa postración. Recuerden que estamos en el laboratorio del mundo. Un puente entre dos milenios fabricado con secreción latina. Como Helena, en la tragedia de Eurípides, «solo da en su lugar una viva imagen suya formada de aire, que creemos disfrutar».

Ya quieren saber el nombre. Por ahora es Zeta. Repito, es inaprensible y se necesita inventarle un pasado. Yo le invento un pasado en el que se acuesta desnuda para que eyaculen dos, tres hombres sobre ella. Veo sus piernas separadas y alguien que bombea para que sufra deliciosamente. Estoy enfermo. Ella me enferma. No entiendo el modo de entregarse, de desear y no desear tanto a la vez, «lléname, lléname de leche», dice, y la obscenidad es el mejor poema, el único. Siempre es fácil encontrar varones atractivos y estúpidos (según ella, la relación es proporcional) que sean sus cómplices, sus donantes. Quiero creer que solo así se excita. Todo ese ardor (ella también es kitsch, Villaverde y Félix B. Caignet y las grandes guerras patrias) corriéndole por la piel debe renovar la piel. O pudrirla. Quizás solo lo hace porque puede hacerlo. Así como otros roban ropa interior de las tendederas o miran sin ser vistos. Cree haber empezado desde que era una niña y hacía que sus primos, todo un lugar común, se masturbaran mirándola (ella sin ropa y sin vello púbico a los nueve años, ellos que apenas producen una espuma escasa; ella a los doce y con un monte de Venus casi dorado, ellos con vergas de tamaño amenazante y cascadas de semen; ella de dieciocho, sin vello púbico, y unos

primos apenas reconocibles, quizás aburridos porque desean algo más que ser simples donantes). Es buena la tibieza sobre su cuerpo, el olor como de vainilla, ciruelas maduras. Queda dos, tres minutos en silencio, los ojos cerrados, respira, recuerda el movimiento de los puños, los miembros apremiantes. Hace salir de su presencia a los voluntarios, gracias, nos vemos otra vez, se masturba con prisa, hasta lograr cinco o seis orgasmos y quedar exhausta sobre el colchón, la hierba, la arena. *Rose, Rose, you are sick.*

Una noche de verano en la Facultad de Medicina recibe en su cama la visita de otra muchacha. Su nombre es Denisse y sabe usar las manos, la boca. Va de los pezones al cuello, hunde la lengua en el oído de la bella (y falsa) durmiente. Frota el clítoris con movimientos circulares muy rápidos o muy lentos, pero solo consigue en Zeta la mínima pasión del nerviosismo. Denisse, luego de continuar el juego un rato, se va. Pero repite la visita cada noche. Zeta, en su sueño fingido, se da vuelta para que la otra bese su espalda, investigue con su lengua y dedos, «diosa, diosa», gime Denisse y se contrae abrazando el cuerpo de Zeta. Con cada nueva contracción la cercanía y la humedad aumentan, y ambas lo comprenden. Un fin de semana, sin acuerdo previo, las dos se quedan en la Facultad. Conversan por primera vez, hablan de sí mismas en tercera persona, confiesan tener amigas con fantasías especiales. La amiga de Denisse se excita (enloquece) con las jóvenes que visten uniforme. Encontrará una

mujer semejante a ella, lo más parecida posible, para entregarse al máximo, ser su esclava, si la dejan. En cambio, cuando Zeta cuenta las preferencias de su amiga, virgen por demás, ve cómo Denisse tiembla y su rostro se oscurece.

Esa misma noche va al encuentro de Zeta. Lo hace acompañada por tres bichos raros. Su blancura es impresionante y su sexo dudoso. La presencia de extraños no causa efecto en Zeta. Denisse lo comprende, susurra algunas frases, le acaricia el cabello, la besa en la boca. «Son Elfos», miente. Los Elfos, que parecen muchachas pero tienen vergas, juegan entre sí. Lo hacen con gracia y precisión. Sentada al borde de la cama, Denisse parece no tener apuro. Mira a sus amigos mientras toca el sexo de Zeta, cuyos ojos centellean. Después frota uno de sus finos pezones con el clítoris de la otra. Sus amigos se acercan más a la cama, seguro eyacularán sobre Zeta como en las mejores veladas. (Tiene otro cuerpo sobre el suyo, una lengua dentro de su boca. La cintura de Denisse se mueve a ritmo vertiginoso, el mismo con que los Elfos se aproximan al momento crítico). Zeta intenta respirar. El exceso de oxígeno parece ahogarla. Va a gritar, debe gritar, pero Denisse se pone a horcajadas sobre su cara, esa otra «boca» húmeda la asfixia, siente dedos que indagan entre sus muslos. Denisse baja, deja un surco de humedad en su pecho y vientre, acomoda otra vez el cuerpo contra ella, los Elfos entran en éxtasis, se hunden mutuamente un dedo, dos, tres dedos. El pubis de Zeta (hincha-

do, obsceno, borracho) es estremecido por una velocidad que ella creía imposible, tres chorros de semen le empiezan a caer en la cara, cabellos, piernas. Tres interminables chorros acompañan su orgasmo, que se interrumpe con un desvanecimiento, que sigue cuando los sollozos de Denisse (oh diosa, diosa) la reviven.

De aquí en adelante sucede (continúa sucediendo) un número indefinido de lugares comunes. Se multiplican como espejos de frente. La repetición del ritual, con Elfos y Denisse incluidos, perfecciona al ritual. Adquiere lo que podría llamarse una mecánica sublime. Descubren que son observados cada noche. No les importa. Algo así no podía pasar desapercibido entre los otros, y añade un nuevo elemento. Las réplicas de menor intensidad en otras zonas del dormitorio o la escuela no demoran, y el mundo que Zeta conoce toma un olor y un color irracionales.

Luego la Facultad de Medicina parece pequeña y –es una decisión que en ningún momento recuerda haber tomado– se desplaza a la ciudad, una ciudad no demasiado grande pero sí lo suficiente fértil para absorberla.

Siguen los caminos trillados: un baile de disfraces (Siglo XXI), donde Zeta es la sensación, porque aparece con máscara y frac, desnuda de la cintura hacia abajo. Una secuencia posterior donde ella oficia como dama de compañía de varios personajes cuyo poder, no así el bando al que pertenecen, es notorio. Nuevos bailes en los que nada ocurre y son filmados; que termi-

nan en orgía y son filmados; hombres que fingen disparar o disparan sobre otros y son filmados. Ardor en la vagina, ruptura con Denisse y los Elfos, casas en la playa, fogatas en la arena, sexo, *steel bands* cantando poemas a una luna que ella sospecha artificial. Apenas le importa no conocer los individuos que la acompañan o la vigilan. Ella cree ser un cometa cuyo fuego consume cada milímetro de tiempo en cada porción del espacio que su persona, ubicua y sucesiva, ocupa. Una noche se asquea de fumar y alguien le alcanza dos pastillas con toscos símbolos grabados a relieve.

Sueña que monstruos la persiguen montados en automóviles con ruedas de agua; sueña que es alcanzada por los monstruos, los cuales se dedican a machihembrarla contra sus automóviles y ella grita atormentada y gustosa. Laberintos, horror al vacío, un miedo que la despierta.

Las imágenes que le son reveladas a Zeta al abrir los ojos deben ser broma del sueño (las pastillas), el cual insiste en retenerla en esa otra realidad no menos cierta que la de los cuerpos despiertos, donde la materia es blanda y las personas son las de siempre aunque sean distintas.

Tienen que ser pesadilla las paredes mugrientas, paredes que parecen tiras de lona o fibra vegetal, techo podrido que deja ver un cielo tan azul que duele, todo duele: el silencio firme, las telas de araña tiznadas, el perro sarnoso que saca sangre de sus orejas a pocos centíme-

tros del camastro donde ella, definitivamente, duerme.

Un tufo oscuro precede al hombre. Es un tufo intenso, mezcla de cuero crudo y chivo endemoniado. Zeta piensa: ¿En el mundo del sueño existen los olores? A medida que el hombre se mueve sus emanaciones son más intensas, el perro vibra garra contra oreja en éxtasis orgásmico, una grasa reseca, venenosa, destila desde las paredes, ella-no podría soñar un dolor de cabeza más espantoso-no duerme. Lo primero es encontrarle un extremo visible al ovillo, desenredar la madeja de hechos (inevitablemente sexuales) que la han traído a esta madriguera asquerosa. Aprovechando que el hombre sigue sin mirarla (por la forma en que desarrolla sus movimientos contra una mesa o algo parecido, se ve que los hace para ella) se palpa el sexo buscando residuos de humedad pero no encuentra más que una saludable reseque. «Oiga, oiga», dice, y todo su cuerpo se estremece, «dónde estoy». El hombre se da vuelta y queda mirándola un interminable minuto. Su cara de ratón tiene un color verdoso, con ralas y raras áreas cubiertas de pelo. Habla y Zeta demora en entender las pocas palabras. Necesita tiempo para acomodar en el laberinto de su cerebro el significado de lo que acaba de escuchar. El primer impulso que siente es el de reír. «Estás en tu casa», ha dicho el hombre, y le da la espalda.

Los hechos subsiguientes se desarrollan en este orden, o desorden:

Ella no reacciona y opta por quedarse dormida. Lo consigue hasta que el hambre puede más. Salta del camastro, no sabe la hora, toca sus bolsillos en busca del teléfono móvil, algún dinero, pastillas, cigarros, una navaja, pero sus bolsillos están vacíos. La mesa sobre la que el hombre trasegaba no es más que un burdo cajón repleto de ceniza y dos rocas tiznadas en su centro, en cuyo borde descansa, veamos, un pedazo de torta y un jarro al que el churre no deja ver las infinitas abolladuras consecuencias de la longevidad y el maltrato. En la memoria de Zeta perdura la representación de un Misterio religioso y una monstruosa galleta, que el hombre uniformado parte en dos diciendo que esta es la carne de alguna Persona, pues bien, esa mitad es idéntica a la que descansa sobre la ceniza, solo que la que ella tiene ante sí es áspera y fea, y no le inspira ninguna piedad, solo asco, y dentro del jarrito una sustancia turbia que huele a agua, porque el agua no es ni nunca ha sido inodora, ella lo sabe, entonces regresa al camastro, queda sentada en él, oscurece, amanece, el hombre y su olor regresan, silencio, al tercer día el hambre la vence y traga esa cosa tan reseca e insípida, la tierra se ha asentado en el fondo de la vasija y bebe, necesita orinar, sale al patio y el sol la golpea: está en otro mundo.

De rodillas arroja cuanto ha comido y más. La letrina es un agujero inmundo cruzado por dos maderos donde se deben colocar los pies y agacharse. Ve siluetas descoloridas que apenas re-

paran en ella. Aunque hay espacio de sobra, muchas de las casas están apiñadas y Zeta sospecha, en su agonía, que esto se debe menos a motivos familiares que al deseo de colocar solo tres paredes contra una cuarta que ya existía, así hasta el infinito. Se ha orinado en el jean y transpira un sudor helado. Se orienta hasta el bohío, en cuya mesa-fogón encuentra otro pedazo de aquella hostia infame y el jarrito con agua. No intenta razonar, porque se encontraría cara a cara con un ataque de pánico que obligatoriamente generaría una violencia frente a la cual es vulnerable en un nivel máximo. Decide esperar.

Movida por el aburrimiento organiza, en lo posible, la casa, y a la mañana siguiente advierte que a su magra ración le ha sido añadido un trozo de carne seca que devora al instante. Ya entiende: en esta orilla del infinito tiene que trabajar si desea ser alimentada, un axioma nuevo para ella, que nunca antes se interesó en un tema así de vulgar. Después los días la van ayudando a insertarse. Los demás no le hablan, desconfían, en especial las mujeres. En cambio, ella está obligada a insistir, y aprende a acarrear y encender la leña sobre la que se preparan los alimentos (casi siempre plátanos paupérrimos a los que hay que hervir con todo y cáscara, o alguna otra vianda), a secar la carne que debe rendir hasta lo inaudito, a ahorrar el agua, pues aunque a dos kilómetros de profundidad los pozos demuestran ser fértiles, el líquido que mana es de una toxicidad y gusto imposibles, y

solo es usada para labores de limpieza y ocasionalmente para dar de beber a los animales, los que más temprano que tarde terminan por enfermar y morir como consecuencia de este procedimiento. El agua para beber la traen los hombres de quién sabe dónde, en recipientes rústicos que montan sobre horquetas gigantes de árboles secos, que son haladas por bueyes, también secos y tristes. Zeta aprende a bañarse poco. Al principio le desagradan sus nuevos aromas, pero después se acostumbra. Es mejor no entrar en contacto con esa agua que deja una costra salobre sobre el cuerpo, imposible de suprimir. Lo que más le importuna es la falta de sexo. Ha adelgazado, los vellos del pubis y las axilas han crecido como nunca, se acuesta cansada y sueña toda la noche con Denisse, que se ha vuelto un hombre y con tres penes le golpea el sexo, las nalgas y la boca hasta hacerla llorar de placidez. Ya no se pregunta cómo estas personas pueden vivir de este modo. No tiene espejos al alcance, sin embargo está segura que se ha convertido en uno de ellos, y el hombre (nunca sabrá cómo se llama) también parece notarlo. Empieza a dormir con ella, compartiendo el angosto camastro. Ella es feliz. A estas alturas los efluvios que su compañero despiden la excitan. Se desvela mientras él respira pesadamente a su lado. Él y sus amigos se levantan muy temprano y trabajan hasta el oscurecer. Aquí nunca llueve, por lo que están obligados a realizar proezas para que sembrados y animales prosperen.

Una madrugada el hombre habla en sueños, ella comprende que se refiere a ella, que quizás la ame, así que le abre el pantalón y comienza a acariciarle el miembro, lo guarda en su boca, se pone a horcajadas sobre él, que eyacula enseguida, sin darle tiempo a Zeta de alcanzarlo. Pero ella, de algún modo, ha quedado satisfecha. Cada amanecer repite el acto, y descubre que el hombre no poluciona antes de tiempo por una probable abstinencia, sino porque es su forma de reproducirse, una forma que nada tiene que ver con la discriminación, solo es así, y punto. Entonces ella aprende a excitarse temprano. Cuando va a él y se enhorqueta o es montada con la violencia que lo caracteriza, se deja ir en silencio, con las piernas bien separadas para no permitir que escape un átomo de energía.

Algunos domingos un misionero joven y hermoso a quien nadie hace caso visita el lugar en su motocicleta. Lee salmos con corrección egocéntrica, gesticula en exceso y ella comprende (él la mira con ímpetu) que podría fabricarse una historia de amor con el joven. Incluso pudiera escapar con él, pero duda, termina por negarse ante cualquier fantasía. Aprende a remendar ropa, a lavar y secar los paños con que contiene sus fluidos mensuales, a ordeñar cabras, labores que jamás imaginó pudieran existir. Un par de veces al año la policía irrumpe con el objetivo de detener a un hombre que, enloquecido, mató su propio buey, caballo o esposa. Zeta teme que vengan por ella, que al-

guien proveniente de aquel mundo ancho y ajeno la busque. Ve partir los únicos autos visibles de vez en vez por esos contornos. No sabe si desea irse. El pasado es una mancha a la que siempre recurre menos.

Un día cualquiera le corresponde perseguir un chivo malherido. La concurrencia del tajo infeliz y el terror del animal hacen que el sustento (intestinos, extremidades y cabeza incluidos) escape entre la maleza. Zeta sabe cómo seguir un rastro, pero se pierde. Nota que, por vez primera, está en lo alto de una montaña (volverá algún día). Construye montoncitos de roca, los cuales le dicen cada cierto número de horas que ya pasó por aquí. Entonces cierra los ojos y camina a ciegas arañándose el cuerpo y rompiéndose los pies. Cree encontrar el camino de regreso a casa, hasta que advierte que es un camino más de perdición. Soporta con facilidad el hambre y la sed. Conoce cómo encontrar frutas, que pese a ser solo una bolsa arrugada de semillas ácidas, renuevan sus ánimos. Cruza una carretera de noche, en algún momento el agua le llega al cuello, la rodea por todas partes y no sabe cómo llegó hasta allí. Cuando alcanza la orilla y sale, da de manos a boca con lo que parece el extrarradio de una gran ciudad. Tiene miedo. Sigue adelante.

Su mano empuja una puerta al azar, casa de muñecas, tan limpia que le provoca algo parecido a la repugnancia. La pared del fondo es un gran cristal dividido en celdas dentro de las cuales se mueven peces de intolerable belleza.

Un viejo lagarto vertical, cuello tonalidad jamón, sonrío mientras le pregunta por qué no te sientas. Comen aceitunas, queso maloliente, frutas en conserva, arroz. Beben té insípido y luego el añoso reptil le muestra el baño a su «invitada». A pura intuición usa las cremas y jabones que parecen hervir delante de ella reclamando su atención. Cuando sale del baño, húmeda aún, es otra mujer y el viejo la ciñe sin más demora en el diminuto sofá. Zeta no escapa de dos orgasmos que la hacen dormir arrullada por el irritante olor de su pelo (gel de jazmín) y la impertinencia de un anfitrión que, durante horas, prolongó el tedio de un estéril *cunnilingus*. Al amanecer siguiente ya el viejo es su esclavo. Prepara tres comidas diarias para ella, a base de espaguetis hipocalóricos, frutas, huevos, mantequilla, queso y chocolate. Lee, en voz alta y vehemente, poemas de Rubén Darío. Ella cobra una violencia lasciva con la que su hospedador no puede lidiar. Zeta empuja su sexo contra cualquier parte del otro, contra la pared de vidrio que separa dos formas de vida, contra los ángulos que encuentra preciosos. Gime y le gusta su voz, empiezan a parecerle familiares los olores que la rodean, los que proceden del espacio exterior. Una pareja los visita cada domingo. Fingen ignorarla. Ella se recluye en el baño y deja que el agua la aísle todavía más de ese mundo tonto. Quiere ser semejante a los peces y rasurándose las axilas, el vientre y el bajo vientre, los muslos y las piernas, lo consigue. Es feliz y sale del baño chorreando. Los

visitantes la miran extasiados. El joven cae de rodillas y bebe el surtidor que fluye de su pubis. La mujer, histérica, lo golpea pero él insiste, pone la lengua en el hoyuelo que corona el pubis de Zeta. El viejo mira la escena. Nadie parece sorprendido cuando la mujer, transformándose, acerca su boca a la de la muchacha. Cuando la mujer hunde su pubis entre las nalgas del esposo y empieza a crisparse, Zeta nota que nunca antes ha visto una expresión tan hermosa, y se deja ir.

La mañana del lunes la encuentra en la calle. El viejo le ha comprado ropa nueva, un celular, le da dinero y joyas con la condición de que regrese al atardecer, el martes, algún día. Ella ni siquiera miente. Una voz estúpida la lleva al centro de la ciudad a cambio de dólares o un gesto de la muchacha. Ya en la noche tiene amigos y amigas que descubren su nombre, la invitan a una fiesta en la mejor habitación del mejor hotel, la madrugada es intensa. A los dos meses vuelve a la ciudad de origen, donde nadie parece haber notado su ausencia, Miren, es Zeta, Cómo le va a mi gatita malvada. De aquí en adelante, por supuesto, sucede un número indefinido de lugares comunes, que se multiplican como espejos de frente. Se acuesta desnuda para que eyaculen dos, tres hombres sobre ella. Siempre es fácil encontrar varones apuestos y estúpidos: la relación de estas cualidades suele ser directamente proporcional.